

El Sistema, Obstáculo Para el Desarrollo

31-MARZO-94

Crisis Política de Fondo

- ★ Designar Sucesor Desgasta a los Presidentes
- ★ Penoso Nacimiento del México del Siglo XXI
- ★ Chiapas Mostró la Fragilidad de la Economía

LORENZO MEYER

El inesperado e inexplicable asesinato a plena luz de Luis Donald Colosio, candidato del partido oficial a la Presidencia de México, y el posterior nombramiento de Ernesto Zedillo para sustituirle como portaestandarte del PRI, constituyen elementos de una crisis política nacional, que debe encuadrarse dentro de otra, de mayores proporciones, y más difícil de resolver. En esta segunda —que viene de muy atrás— la que da su verdadera dimensión a la que se inició a raíz del crimen político cometido la tarde del 20 de marzo en "Lomas Taurinas", allá en Tijuana, y cuya razón sigue envuelta en el misterio.

Hubo tiempos en que la política mexicana se caracterizaba por ser extraordinariamente predecible. Que las elecciones y los partidos no tuvieran mayor importancia, dejaba el desarrollo de todos los movimientos de la clase política en manos del Presidente.

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

Sigue de la primera plana

Su voluntad era, en la práctica, la única que contaba. Hoy la Presidencia sigue siendo, sin duda, el centro del proceso político. La designación de Ernesto Zedillo, como nuevo candidato del PRI, es, de nuevo, una designación presidencial; como de costumbre, el partido tuvo poco que decir en lo que, formalmente, es un asunto de su exclusiva competencia. Sin embargo, ya hay fuerzas y actores relativamente importantes que empiezan a escapar del tradicional control presidencial, particularmente en el ámbito internacional pero también en el interno. Es posible que estas nuevas circunstancias conduzcan, aunque no en línea recta, al cambio y la modernización de nuestra vida política. Sin embargo, no debemos confiarnos, pues igualmente existe la posibilidad opuesta: que la élite del poder, al sentirse amenazada, intente la recuperación de la seguridad perdida, y esa seguridad autoritaria fue y es incompatible con la democracia y la pluralidad que, se supone, debe ser nuestra meta.

Pero volvamos al punto de partida: la naturaleza de la crisis política de fondo, la que condiciona a la provocada por el crimen de "Lomas Taurinas". Se trata de un problema viejo, que se inició por lo menos hace ya un cuarto de siglo, cuando las formas de control político que surgieron de la Revolución mexicana, dejaron de ser aceptables a un sector estratégico de la sociedad mexicana. En efecto, a partir de 1968 quedó claro que el presidencialismo sin límites, el partido de Estado y las organizaciones corporativas que servían de bases a ambos, era un arreglo que había perdido su viabilidad frente a una parte importante de la clase media. El poder reaccionó haciendo cambios de forma, pero no de fondo.

El sistema en el que aún se desenvuelve la vida política mexicana, es básicamente el que surgió de una sociedad agraria movilizadora por una espectacular revolución social. Sin embargo, esa sociedad de la que nació el PRI original (PNR-PRM), dejó de existir hace tiempo y la nueva requiere de otras formas, de otra legitimidad, para resolver de manera eficiente y pacífica las eternas contradicciones de la vida en sociedad. El simple paso del tiempo, aunado a la consolidación de nuevos grupos urbanos y a la pérdida de efectividad de la

reforma agraria y del sindicalismo, hicieron que formas y contenidos políticos que en un tiempo fueron suficientes para encauzar y procesar las principales demandas de la sociedad, se convirtieran en obstáculos al desarrollo cívico de México.

Al choque brutal del poder estatal con los estudiantes en 1968, le siguió —enmarcada por el populismo y la demagogia de Luis Echeverría y José López Portillo— la guerra sucia, sin cuartel, contra las guerrillas urbanas y rurales de los setenta. Con la crisis económica estructural de los ochenta, las reformas políticas que habían abierto a la oposición espacios en una cámara de diputados sin poder, mostraron sus insalvables limitaciones. Los fraudes electorales de los años ochenta, hicieron evidente que el autoritarismo presidencial ya no podía contener el pluralismo en ascenso, sin pagar un costo creciente. Mal que bien, la sociedad mexicana ya tiene capacidad para sostener dos partidos importantes de oposición real: PAN y PRD.

Pese a todo lo anterior, la presidencia de Carlos Salinas buscó posponer el cambio político. La justificación fue la necesidad de servir al interés nacional manteniendo altamente concentrado el poder en la Presidencia. Sólo la Presidencia fuerte, se argumentó, podía superar los obstáculos al tránsito de una economía protegida y estatista inviable, a otra nueva, basada en la empresa privada e integrada al mercado internacional por la vía de un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. Las dos supuestas reformas políticas del salinismo, sólo sirvieron para maquillar el feo rostro de lo que siguió siendo un sistema de partido de Estado. El que hoy se esté gestando la tercera reforma política del sexenio es prueba de la inutilidad de las anteriores.

El poder presidencial que desde 1989 modificó prácticas e intereses económicos casi a voluntad, se enfrentó con éxito a viejos feudos sindicales, pudo organizar y sostener elecciones sin credibilidad —Michoacán, Guerrero o San Luis Potosí, por ejemplo— y fue determinante en la creación de impresionantes fortunas familiares que, en algunos casos, superan ya a los cinco mil millones de dólares. Ahora bien, ese poder que sin dificultad reprivatizó la banca y acabó con cacicazgos obreros, simplemente se

negó a dar seguridad en la calle al ciudadano común, tampoco se interesó en detener y revertir la arbitrariedad y corrupción de policías, agentes del Ministerio Público o jueces, ni la corrupción e ineficiencia del aparato burocrático en su conjunto. Sus prioridades fueron macroeconómicas, nada más.

Fue en las circunstancias descritas, que tuvo lugar la designación del nuevo candidato del PRI el 28 de noviembre del año pasado. El nombramiento de un sucesor al final del quinto año de gobierno, es el acto supremo de poder presidencial en México. Desde que en 1940 Lázaro Cárdenas dejó en el mando a Manuel Avila Camacho, ningún presidente ha dejado de legar el poder a uno de los suyos. El proceso nunca ha sido fácil, pero por 54 años nadie se vio en la penosa necesidad de repetirlo; Carlos Salinas sí.

La candidatura de Luis Donaldo Colosio como candidato del partido oficial al finalizar 1993, fue obra de una presidencia que había apostado todo su capital político a la aprobación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, y que había ganado. De todas maneras, designar al sucesor es un proceso de desgaste, incluso para un presidente fuerte. Cada fin de sexenio, la Presidencia tiene que eliminar a uno o más aspirantes al puesto supremo, y Carlos Salinas no fue la excepción, como claramente lo demostró Manuel Camacho. Pero aún, en enero de 1994, la presidencia tecnocrática de un país que había anunciado urbi et orbi que había puesto a México en la antesala del mundo desarrollado, tuvo que enfrentar la rebelión indígena de Chiapas, y mostrar al mundo el lado más oscuro y extremadamente subdesarrollado de su vida económica, social, política y jurídica.

Chiapas no sólo fue una vergüenza histórica para el gobierno y el régimen, sino que puso de manifiesto la fragilidad de la economía supuestamente modernizada. El gobierno debió ordenar a su ejército detener la ofensiva contra los indígenas por la protesta de la sociedad civil, pero, sobre todo, para no poner nervioso al capital especulativo extranjero, pues con un déficit superior a los 20 mil millones de dólares en el intercambio con el exterior, una pérdida de confianza de los inversionistas produciría una sangría de dólares que daría al traste con la estabilidad de una

Es en esas circunstancias que tiene lugar el inexplicable y absurdo asesinato de Luis Donaldo Colosio, el hombre designado por Carlos Salinas para sucederle. No hay precedente a la situación por la que hoy atraviesa el sistema, salvo la de 1928-1930. En 1928, tras el asesinato del presidente electo, general Alvaro Obregón, el mandatario saliente, Plutarco Elías Calles tuvo que negociar el consenso de los generales para que aceptaran a Emilio Portes Gil como ejecutivo provisional por 14 meses. El esfuerzo fue mayor al año siguiente, para sacar adelante la candidatura de Pascual Ortiz Rubio como presidente constitucional. En realidad, Calles debió inventar al partido de Estado, es decir, al PNR —origen del PRI actual— para lograr la acumulación de energía política indispensable para imponer a Ortiz Rubio sobre el heredero natural de Obregón —el general Aarón Sáenz—, y frente al exterior, para hacerlo triunfar contra la oposición electoral de José Vasconcelos y la armada del general José Gonzalo Escobar. Sin ser presidente, pero con el control del PNR, Calles pudo después deponer a Ortiz Rubio, sustituirlo por Abelardo Rodríguez e incluso sacar adelante la candidatura de Lázaro Cárdenas. Y hasta ahí llegó. Completamente desgastado, Calles debió marchar al exilio en 1936.

Carlos Salinas, no hay duda, invirtió gran parte de su capital político en dar forma y consolidar la candidatura de Luis Donaldo Colosio. Hoy deberá hacer lo mismo con la de Ernesto Zedillo, un economista muy competente en su ramo, pero un político novel en el delicado arte de ganarse a las diferentes facciones del PRI y al electorado, en un momento en que la actitud de ese electorado empieza a contar.

Hace 65 años Calles debió inventar —bueno, no exactamente, pues la idea estaba en el aire— al partido de Estado para llevar adelante su proyecto de imponer al sustituto de Obregón. Carlos Salinas tiene que hacer algo muy parecido ahora, pero ¿cuál es su estrategia? Aparentemente la misma de hace 65 años, pero el país es otro. Y ese es precisamente el corazón de la crisis política de fondo, de cuya solución o prolongación nacerá el México del siglo XXI.

economía que apenas si es capaz de crecer.